

Lia Ciciliot (Italia)

La filosofía como análisis de la contemporaneidad

Desde que soy profesora de Historia y Filosofía en el Liceo, he tenido que responder varias veces a una pregunta, a veces provocadora, a veces hecha por pura curiosidad, de algunos estudiantes de tercer año – que no se han enfrentado nunca al estudio de esta asignatura – “Para qué sirve el estudio de la filosofía?”.

Esta pregunta tal vez me sorprende, aunque yo misma a menudo me lo pregunto.

Hay que decir que soy profesora de “historia de la filosofía” y, por ende, enseño el desarrollo de la historia del pensamiento desde la Antigüedad hasta nuestros días, poniendo cada autor en su época pero también, en un espacio geográfico bien definido, ya que, en mi opinión, cada autor hay que contextualizarlo, siendo, inevitablemente hijo de su época (y de la época anterior) y del lugar en que nació, ha vivido y ha “pensado”.

Esta observación, ya de por sí, nos conduce hacia cierto camino: la filosofía tiene que ver con el pensamiento humano.

Otra pregunta que me suelen hacer es: “Hoy en día, existen filósofos como Platón o Hegel?”. Obviamente, los estudiantes que se hacen estas preguntas están dispuestos a "entrar en el juego", quieren encontrar una respuesta que les satisfazca, que justifique su motivación de estudio y, por ende, la de mi enseñanza.

Muchas veces les he hecho notar como la reflexión filosófica vaya mucho más allá de la asignatura en sí, es decir, como “reflexión” que implica al ser humano y su actividad diaria, que sigue ciertas normas de procedimiento (lógica), en el momento en que se relaciona con los demás (momento ético), o cuando produce una obra de arte (momento estético), sólo para mencionar algunos ámbitos fundamentales.

Tanto el científico que investiga sobre células estaminales, como el que se ocupa de clonación o de "inteligencia artificial" se enfrenta a un problema filosófico (moral): hoy en día ¿la ciencia debe ocuparse de los límites de su acción? o, por lo menos, ¿ha de preguntarse sobre las posibles consecuencias del progreso científico que debe tener como objetivo principal mejorar las condiciones humanas?

Ya el gran filósofo Francisco Bacon (1561-1626) en el “Novum Organum” manifestaba como las invenciones como la *imprenta*, la *brújula* y la *pólvora* hayan revolucionado, de forma positiva, la vida del hombre, indicando, entre otras cosas, cuál ha de ser la tarea del científico.

En este sentido, P. Rossi, en el prefacio a la obra de B.Farrington, "Francisco Bacon, filósofo de la edad industrial" (1976), nos presenta las tesis del filósofo inglés, pedazo integrante de nuestra cultura: “La ciencia puede y debe transformar las condiciones de la vida humana; no es una realidad indiferente a los valores éticos, sino un instrumento construido por el hombre para la realización de los valores de la fraternidad y del progreso; de la misma ciencia, donde rige la colaboración, la humildad frente a la naturaleza, la voluntad de claridad, estos valores han de ser potenciados y reforzados; la extensión del poder del hombre sobre la naturaleza no es nunca obra de un único investigador que mantiene en secreto sus resultados, sino es necesariamente fruto de una

colectividad organizada de científicos; dentro del mundo histórico el saber tiene siempre una función exacta y cada reforma de la cultura es, siempre, también una reforma de las instituciones culturales, de las Universidades, además de la mentalidad de los intelectuales”.

Estas consideraciones impactan siempre de forma positiva a los estudiantes que admiran la figura de Bacon; les desconcierta, en cambio, estudiar los eventos dramáticos de la vida de Giordano Bruno e Galileo Galilei, es decir, cómo se pueda morir por ideas propias y afirmar el propio pensamiento.

Hace varios años leí un libro, cuyo autor es Carlo Maria Martini, por aquel entonces (1999) arzobispo de Milán: “Orizzonti e limiti della scienza. Decima cattedra dei non credenti”.

Esta obra recoge las actas de un congreso en el que intervinieron filósofos, teólogos y científicos preguntándose sobre los siguientes temas: "El Universo y el Tiempo"; "Los orígenes de la vida"; "La inteligencia y las ciencias cognitivas"; "¿Son la Filosofía y la Teología criadas de la Ciencia?"; "Escritura del hombre y escritura de Dios”.

Esta lectura me había profundamente implicado por los temas que trata, por los distintos puntos de vista examinados, y, sobre todo, por algunas consideraciones conclusivas que más de una vez he recordado al contestar a mis estudiantes: "También se podría delinear [...] una comparación entre la filosofía y la teología, entendiendo por filosofía la reflexión racional que abraza el camino humano de la investigación, y por teología la reflexión sistemática sobre los datos obtenidos por Dios mediante las Escrituras, las voces de los profetas y de los grandes maestros de la humanidad".

Asimismo el icono de las Escrituras, que se puede traducir con el binomio filosofía-teología, es susceptible de representarse con otra imagen, con otro símbolo, recordado por Juan Pablo II al principio de la encíclica *Fides et Ratio*. Escribe el Papa: “La fe y la razón son las dos alas con las que el espíritu humano se alza hacia la contemplación de la verdad”.

La imagen de las dos Escrituras se convierte así en el icono de las dos alas: la última indica con más claridad la necesidad de quien desea volar bien, de equilibrar las alas, en sintonía de movimiento, como un pájaro adiestrado a volar”.

La reflexión filosófica sobre el actuar, en una época de gran incertidumbre como en la que estamos viviendo, es cada día más indispensable, sin perder de vista esos valores que nos han llegado del pensamiento platónico y que hemos hecho nuestros a través de una reflexión cristiana -pero compartida-, construyendo lo que se suele definir como “metafísica occidental”.

Lia Ciciliot

Traducción María Soledad Bianchi